

## LA ORACIÓN: el Padre Nuestro, S. Cipriano y S. Agustín.

<b>LA ORACIÓN: EL PADRE NUESTRO, S. CIPRIANO Y S. AGUSTÍN.....</b>	<b>1</b>
<b>A. SOBRE EL PADRE NUESTRO. SAN CIPRIANO.....</b>	<b>2</b>
LA ORACIÓN HA DE SALIR DE UN CORAZÓN HUMILDE .....	2
❖ <i>Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro.....</i>	2
❖ <i>La oración de Ana .....</i>	2
❖ <i>La oración del fariseo y del publicano .....</i>	2
2. EL DIOS DE LA PAZ, QUE NOS ENSEÑÓ LA UNIDAD, QUISO QUE ORÁSEMOS CADA UNO POR TODOS.....	2
❖ <i>Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro.....</i>	2
❖ <i>Dios no quiso que cada cual rogara sólo por sí mismo; no decimos «Padre mío, que estás en los cielos», sino «Padre nuestro».....</i>	2
3. HAY QUE ORAR NO SÓLO CON PALABRAS, SINO TAMBIÉN CON HECHOS. ....	3
❖ <i>Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro.....</i>	3
❖ <i>Jesús nos enseñó a orar con el testimonio de su ejemplo.....</i>	3
4. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.....	4
❖ <i>Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro.....</i>	4
❖ <i>Sea nuestra conducta cual conviene a nuestra condición de templos de Dios.....</i>	4
❖ <i>Santificado sea tu nombre: pedimos a Dios que su nombre sea santificado en nosotros: pedimos que la santificación que nos viene de su gracia sea conservada en nosotros con ayuda de este misma gracia.....</i>	4
5. VENGA NOSOTROS TU REINO, HÁGASE TU VOLUNTAD.....	4
❖ <i>Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro.....</i>	4
❖ <i>Pedimos que se haga presente en nosotros el reino de Dios que Cristo nos ganó con su sangre y su pasión.....</i>	4
❖ <i>El reino de Dios se identifica con la persona de Cristo.....</i>	5
❖ <i>Pedimos: «Hágase tu voluntad», no en el sentido de que Dios haga lo que quiera, sino de que nosotros seamos capaces de hacer lo que Dios quiere.....</i>	5
❖ <i>La voluntad de Dios es la que Cristo cumplió y enseñó.....</i>	5
6. PEDIMOS EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA. DESPUÉS DEL ALIMENTO, PEDIMOS EL PERDÓN DE LOS PECADOS .....	5
❖ <i>Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro.....</i>	5
❖ <i>Pedimos el pan – Eucaristía: alimento para la vida eterna.....</i>	5
❖ <i>Pedimos el perdón de nuestros pecados: esta petición despierta nuestra conciencia.....</i>	6
7. QUE LOS QUE SOMOS HIJOS DE DIOS PERMANEZCAMOS EN LA PAZ DE DIOS.....	6
❖ <i>Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro.....</i>	6
❖ <i>Nosotros también debemos perdonar: es imposible alcanzar el perdón si no actuamos de modo semejante con los que nos hecho alguna ofensa.....</i>	6
❖ <i>Dios quiere que seamos pacíficos.....</i>	6
❖ <i>Debemos acercarnos al altar con rectitud de corazón, con sinceridad, con paz y concordia.....</i>	6
<b>B. CARTA A PROBA, SAN AGUSTÍN.....</b>	<b>7</b>
❖ <i>Obispo de Hipona. (354-430).....</i>	7
1. ¿POR QUÉ DIJO EL APÓSTOL QUE «NO SABEMOS PEDIR LO QUE NOS CONVIENE»? .....	7
2. SOBRE LA ORACIÓN DOMINICAL.....	7
❖ <i>De la carta de san Agustín a Proba.....</i>	7
❖ <i>Santificado sea tu nombre: que el Señor sea tenido como santo por los hombres.....</i>	7
❖ <i>Venga a nosotros tu reino: pedimos que nosotros podmos reina en él, pues el reino de Dios vendrá ciertamente, lo queramos o no.....</i>	7
❖ <i>Hágase tu voluntad .....</i> : que nos otorgue la virtud de la obediencia.....	8
❖ <i>El pan nuestro de cada día ... con la palabra pan significamos todo cuanto necesitamos.....</i>	8
❖ <i>Perdónanos nuestras deudas ... pedimos también lo que debemos hacer para ser dignos de alcanzar lo que pedimos.....</i>	8
❖ <i>No nos dejar caer en la tentación .....</i>	8
❖ <i>Libranos del mal .....</i>	8
3. NADA HALLARÁS QUE NO SE ENCUENTRE EN ESTA ORACIÓN DOMINICAL. ....	8
❖ <i>De la carta de san Agustín a Proba.....</i>	8
❖ <i>Hemos de pedir a Dios la felicidad .....</i>	9

## A. SOBRE EL PADRE NUESTRO. San Cipriano

Obispo de Cartago, mártir, † 258. Nació hacia el 210; se convirtió en el 246, y fue elegido obispo de la ciudad 3 años después.

### **La oración ha de salir de un corazón humilde**

- ❖ Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro  
(Caps. 4-6: CSEL 3,48-270)

Las palabras del que ora han de ser medidas y llenas de sosiego y respeto. Pensemos que estamos en la presencia de Dios. Debemos agradecer a Dios con la actitud corporal y con la moderación de nuestra voz. Porque, así como es propio del falto de educación hablar a gritos, así, por el contrario, es propio del hombre respetuoso orar con tono de voz moderado. El Señor, cuando nos adoctrina acerca de la oración, nos manda hacerla en secreto, en lugares escondidos y apartados, en nuestro mismo aposento, lo cual concuerda con nuestra fe, cuando nos enseña que Dios está presente en todas, partes, que nos oye y nos ve a todos y que, con la plenitud de su majestad, penetra incluso los lugares más ocultos, tal como está escrito: *¿Soy yo Dios sólo de cerca, y no Dios de lejos? Porque uno se esconda en su escondrijo, ¿no lo voy a ver yo? ¿No lleno yo el cielo y la tierra? Y también: En todo lugar los ojos de Dios están vigilando a malos y buenos.*

Y, cuando nos reunimos con los hermanos para celebrar los sagrados misterios, presididos por el sacerdote de Dios no debemos olvidar este respeto y moderación ni ponernos a ventilar continuamente sin ton ni son nuestras peticiones, deshaciéndonos en un torrente de palabras, sino encomendarlas humildemente a Dios, ya que él escucha no las palabras, sino el corazón, ni hay que convencer a gritos a aquel que penetra nuestros pensamientos, como lo demuestran aquellas palabras suyas: *¿Por qué pensáis mal? Y en otro lugar: Así sabrán todas las Iglesias que yo soy el que escruta corazones y mentes.*

- ❖ La oración de Ana

De este modo oraba Ana, como leemos en el primer libro de Samuel, ya que ella no rogaba a Dios a gritos, sino de un modo silencioso y respetuoso, en lo escondido de su corazón. Su oración era oculta, pero manifiesta su fe; hablaba no con la boca, sino con el corazón, porque sabía que así el Señor la escuchaba, y, de este modo, consiguió pedir, porque lo pedía con fe. Esto nos recuerda la Escritura, cuando dice: *Hablaba para sí, y no se oía su voz, aunque movía los labios, y el Señor la escuchó.* Leemos también en los salmos: *Reflexionad en el silencio de vuestro lecho.* Lo mismo nos sugiere y enseña el Espíritu Santo por boca de Jeremías, con aquellas palabras: *Hay que adorarte en lo interior, Señor.*

- ❖ La oración del fariseo y del publicano

El que ora, hermanos muy amados, no debe ignorar cómo oraron el fariseo y el publicano en el templo. Este último, sin atreverse a levantar sus ojos al cielo, sin osar levantar sus manos, tanta era su humildad, se daba golpes de pecho y confesaba los pecados ocultos en su interior, implorando el auxilio de la divina misericordia, mientras que el fariseo, oraba satisfecho de sí mismo; y fue justificado el publicano, porque, al orar, no puso la esperanza de la salvación en la convicción de su propia inocencia, ya que nadie es inocente, sino que oró confesando humildemente sus pecados, y aquel que perdona a los humildes escuchó su oración.

## **2. El Dios de la paz, que nos enseñó la unidad, quiso que orásemos cada uno por todos.**

- ❖ Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro  
(Caps. 8-9: CSEL 3, 271-272)

- ❖ Dios no quiso que cada cual rogara sólo por sí mismo; no decimos «Padre mío, que estás en los cielos», sino «Padre nuestro».

Ante todo, el Doctor de la paz y Maestro de la unidad no quiso que hiciéramos una oración individual y privada, de modo que cada cual rogara sólo por sí mismo. No decimos: «Padre mío, que estás en los cielos», ni: «El pan mío dámelo hoy», ni pedimos el perdón de las ofensas sólo para cada uno de nosotros, ni pedirnos para cada uno en particular que no caigamos en la tentación, y que nos libre del mal. Nuestra oración es pública y común, y cuando oramos lo hacemos no por uno solo, sino por todo el pueblo, ya que todo el pueblo somos como uno solo.

El Dios de la paz y el Maestro de la concordia, que nos enseñó la unidad, quiso que orásemos cada uno por todos, del mismo modo que él incluyó a todos los hombres en su persona. Aquellos tres jóvenes encerrados en el horno de fuego observaron esta norma en su oración, pues oraron al unísono y en unidad de espíritu y de corazón; así lo atestigua la sagrada Escritura que, al enseñarnos cómo oraron ellos, nos los pone como ejemplo que debemos imitar en nuestra oración: *Entonces -dice- los tres, al unísono, cantaban himnos y bendecían a Dios.* Oraban los tres al unísono, y eso que Cristo aún no les había enseñado a orar.

Por eso, fue eficaz su oración, porque agradó al Señor aquella plegaria hecha en paz y sencillez de espíritu. Del mismo modo vemos que oraron también los apóstoles, junto con los discípulos, después de la ascensión del Señor. *Todos ellos -dice la Escritura- se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.* Se dedicaban a la oración en común, manifestando con esta asiduidad y concordia de su oración que Dios, *que hace habitar unánimes en la casa,* sólo admite en la casa divina y eterna a los que oran unidos en un mismo espíritu.

¡Cuán importantes, cuántos y cuán grandes son, hermanos muy amados, los misterios que encierra la oración del Señor, tan breve en palabras y tan rica en eficacia espiritual! Ella, a manera de compendio, nos ofrece una enseñanza completa de todo lo que hemos de pedir en nuestras oraciones. *Vosotros -dice el Señor- rezad así «Padre nuestro, que estás en los cielos.»*

El hombre nuevo, nacido de nuevo y restituido a Dios por su gracia, dice en primer lugar: *Padre,* porque ya ha empezado a ser hijo. La Palabra *vino a su casa -dice el Evangelio- y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.* Por esto, el que ha creído en su nombre y ha llegado a ser hijo de Dios debe comenzar por hacer profesión, lleno de gratitud, de su condición de hijo de Dios, llamando Padre suyo al Dios que está en los cielos.

### **3. Hay que orar no sólo con palabras, sino también con hechos.**

❖ Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro  
(Caps. 28-30: CSEL 3, 287-289)

No es de extrañar, queridos hermanos, que la oración que nos enseñó Dios con su magisterio resuma todas nuestras peticiones en tan breves y saludables palabras. Esto ya había sido predicho anticipadamente por el profeta Isaías, cuando, lleno de Espíritu Santo, habló de la piedad y la majestad de Dios, diciendo: *Palabra que acaba, y abrevia en justicia, porque Dios abreviará su palabra en todo el urbe de la tierra.* En efecto, cuando vino aquel que es la Palabra de Dios en persona, nuestro Señor Jesucristo, para reunir a todos, sabios e. ignorantes, y para enseñar a todos, sin distinción de sexo o edad, el camino de salvación, quiso resumir en un sublime compendio todas sus enseñanzas, para no sobrecargar la memoria de los que aprendían, su doctrina celestial y para que aprendiesen con facilidad lo elemental de la fe cristiana.

❖ Jesús nos enseñó a orar con el testimonio de su ejemplo

Y así, al enseñar en qué consiste la vida eterna, nos resumió el misterio de esta vida en estas palabras tan breves y llenas de divina grandiosidad: *Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, jesucristo.* Asimismo, al discernir los primeros y más importantes mandamientos de la ley y los profetas, dice: *Escucha, Israel; el Señor, Dios nuestro, es el único Señor; y: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser. Éste es el primero. El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Estos dos mandamientos sostienen la ley entera y los profetas. Y también: Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la ley y los profetas.*

Además, Dios nos enseñó a orar, no sólo con palabras, sino también con hechos, ya que él oraba con frecuencia, mostrando, con el testimonio de su ejemplo, cuál ha de ser nuestra conducta en este aspecto; leemos, en efecto: *Jesús solía retirarse a despoblado para orar; y también: Subió a la montaña a orar, y pasó la noche orando a Dios.*

El Señor, cuando oraba, no pedía por sí mismo -¿qué podía pedir por sí mismo, si él era inocente?-, sino por nuestros pecados, como lo declara con aquellas palabras que dirige a Pedro: *Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y luego ruega al Padre por todos, diciendo: No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para! que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también lo sean en nosotros,*

Gran benignidad y bondad la de Dios para nuestra salvación: no contento con redimirnos con su sangre ruega también por nosotros. Pero atendamos cuál es el deseo de Cristo, expresado en su oración: que así como el Padre y el Hijo son una misma cosa, así también nosotros imitemos esta unidad.

#### 4. **Santificado sea tu nombre.**

- ❖ Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro (Caps. 11-12: CSEL 3, 274-275)

Cuán grande es la benignidad del Señor, cuán abundante la riqueza de su condescendencia y de su bondad para con nosotros, pues ha querido que, cuando nos ponemos en su presencia para orar, lo llamemos con el nombre de Padre y seamos nosotros llamados hijos de Dios, a imitación de Cristo, su Hijo; ninguno de nosotros se hubiera nunca atrevido a pronunciar este nombre en la oración, si él no nos lo hubiese permitido. Por tanto, hermanos muy amados, debemos recordar y saber que *pues llamamos Padre a Dios, tenemos que obrar como hijos suyos, a fin de que él se complazca en nosotros, como nosotros nos complacemos de tenerlo por Padre.*

- ❖ **Sea nuestra conducta cual conviene a nuestra condición de templos de Dios.**

Sea nuestra conducta cual conviene a nuestra condición de templos de Dios, para que se vea de verdad que Dios habita en nosotros. Que nuestras acciones no desdigan del Espíritu: hemos comenzado a ser espirituales y celestiales y, por consiguiente, hemos de pensar y obrar cosas espirituales y celestiales, ya que el mismo Señor Dios ha dicho: *Yo honro a los que me honran, y serán humillados los que me desprecian.* Asimismo el Apóstol dice en una de sus cartas: *No os poseéis en propiedad, porque os han comprado pagando un precio por vosotros. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!*

- ❖ **Santificado sea tu nombre: pedimos a Dios que su nombre sea santificado en nosotros: pedimos que la santificación que nos viene de su gracia sea conservada en nosotros con ayuda de esta misma gracia.**

A continuación, añadimos: *Santificado sea tu nombre*, no en el sentido de que Dios pueda ser santificado por nuestras oraciones, sino en el sentido de que pedimos a Dios que su nombre sea santificado en nosotros. Por lo demás, ¿por quién podría Dios ser santificado, si es él mismo quien santifica? Mas, como sea que él ha dicho: *Sed santos, porque yo soy santo, por esto, pedimos y rogamos que nosotros, que fuimos santificados en el bautismo, perseveremos en esta santificación inicial. Y esto lo pedimos cada día. Necesitamos, en efecto, de esta santificación cotidiana, ya que todos los días delinquimos, y por esto necesitamos ser purificados mediante esta continua y renovada santificación.*

El Apóstol nos enseña en qué consiste esta santificación que Dios se digna concedernos, cuando dice: Los inmorales, idólatras, adúlteros, afeminados, invertidos, ladrones, codiciosos, borrachos, difamadores o estafadores no heredarán el reino de Dios. Así erais algunos antes. Pero os lavaron, os consagraron, os perdonaron en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios. Afirma que hemos sido consagrados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios. Lo que pedimos, pues, es que permanezca en nosotros esta consagración o santificación y - acordándonos de que nuestro Juez y Señor conminó a aquel hombre que él había curado y vivificado a que no volviera a pecar más, no fuera que le sucediese algo peor- no dejamos de pedir a Dios, de día y de noche, que la santificación y vivificación que nos viene de su gracia sea conservada en nosotros con ayuda de esta misma gracia.

#### 5. **Venga nosotros tu reino, hágase tu voluntad**

- ❖ Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro (Caps. 13-15: CSEL 3, 275-278)

- ❖ **Pedimos que se haga presente en nosotros el reino de Dios que Cristo nos ganó con su sangre y su pasión.**

Prosigue la oración que comentamos: *Venga a nosotros tu reino.* Pedimos que se haga presente en nosotros el reino de Dios, del mismo modo que suplicamos que su nombre sea santificado en nosotros. Porque no hay un solo momento en que Dios deje de reinar, ni puede empezar lo que siempre ha sido y nunca dejará de ser. Pedimos a Dios que venga a nosotros nuestro reino que tenemos prometido, el que Cristo nos ganó con su sangre y su pasión, para que nosotros, que antes servimos al mundo, tengamos después parte en el reino de Cristo, como él nos ha prometido, con aquellas palabras. *Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo.*

❖ **El reino de Dios se identifica con la persona de Cristo.**

También podemos entender, hermanos muy amados, este reino de Dios, cuya venida deseamos cada día, en el sentido de la misma persona de Cristo, cuyo próximo advenimiento es también objeto de nuestros deseos. Él es la resurrección, ya que en él resucitaremos, y por esto podemos identificar el reino de Dios con su persona, ya que en él hemos de reinar. Con razón, pues, pedimos el reino de Dios, esto es, el reino celestial, porque existe también un reino terrestre. Pero el que ya ha renunciado al mundo está por encima de los honores y del reino de este mundo.

❖ **Pedimos: «Hágase tu voluntad», no en el sentido de que Dios haga lo que quiera, sino de que nosotros seamos capaces de hacer lo que Dios quiere.**

Pedimos a continuación: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*, no en el sentido de que Dios haga lo que quiera, sino de que nosotros seamos capaces de hacer lo que Dios quiere. ¿Quién, en efecto, puede impedir que Dios haga lo que quiere? Pero a nosotros sí que el diablo puede impedirnos nuestra total sumisión a Dios en sentimientos y acciones; por esto pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios, y para ello necesitamos de la voluntad de Dios, es decir, de su protección y ayuda, ya que nadie puede confiar en sus propias fuerzas, sino que la seguridad nos viene de la benignidad y misericordia divinas. Además, el Señor, dando pruebas de la debilidad humana, que él había asumido, dice: *Padre mío, si es posible, que pase y se aleje de mí ese cáliz*, y, para dar ejemplo a sus discípulos de que hay que anteponer la voluntad de Dios a la propia, añade: *Pero, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres*.

❖ **La voluntad de Dios es la que Cristo cumplió y enseñó.**

La voluntad de Dios es la que Cristo cumplió y enseñó. La humildad en la conducta, la firmeza en la fe, el respeto en las palabras, la rectitud en las acciones, la misericordia en las obras, la moderación en las costumbres; el no hacer agravio a los demás y tolerar los que nos hacen a nosotros, el conservar la paz !con nuestros hermanos; el amar al Señor de todo corazón, amarlo en cuanto Padre, temerlo en cuanto Dios; el no anteponer nada a Cristo, ya que él nada antepuso a nosotros; el mantenernos inseparablemente unidos a su amor, el estar junto a su cruz con fortaleza y confianza; y, cuando está en juego su nombre y su honor, el mostrar en nuestras palabras la constancia de la fe que profesamos, en los tormentos, la confianza con que luchamos y, en la muerte, la paciencia que nos obtiene la corona. Esto es querer ser coherederos de Cristo, esto es cumplir el precepto de Dios y la voluntad del Padre.

**6. Pedimos el pan nuestro de cada día. Después del alimento, pedimos el perdón de los pecados**

❖ **Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro**

(Caps. 18. 22: CSEL, 3, 280-281. 283-284)

❖ **Pedimos el pan – Eucaristía: alimento para la vida eterna.**

Continuamos la oración y decimos: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*. Esto puede entenderse en sentido espiritual o literal, pues de ambas maneras aprovecha a nuestra salvación. En efecto' el pan de vida es Cristo, y este, pan no es sólo de todos en general, sino también. nuestro en particular. Porque, del mismo modo que decimos: *Padre nuestro*, en cuanto que es Padre de los que lo conocen y creen en él, de la misma manera decimos: *El pan nuestro*, ya que Cristo es el pan de los que entrarnos en contacto con su cuerpo.

Pedimos que se nos dé cada día este pan, a fin de que los que vivimos en Cristo y recibimos cada día su eucaristía como alimento saludable no nos veamos privados, por alguna, falta grave, de la comunión del pan celestial y quedemos separados del cuerpo de Cristo, ya que él mismo nos enseña: *Yo soy el pan que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo*.

Por lo tanto, si él afirma que los que comen de este pan vivirán para siempre, es evidente que los que entran en contacto con su cuerpo y participan rectamente de la eucaristía poseen la vida; por el contrario, es de temer y hay que rogar que no suceda así, que aquellos que se privan de la unión con el cuerpo de Cristo queden también privados de la salvación, pues el mismo Señor nos conmina con estas palabras: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros*. Por eso, pedimos que nos sea dado cada día nuestro pan, es decir, Cristo, para que todos los que vivimos y permanecemos en Cristo no nos apartemos de su cuerpo que nos santifica.

❖ **Pedimos el perdón de nuestros pecados: esta petición despierta nuestra conciencia.**

Después de esto, pedimos también por nuestros pecados, diciendo: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Después del alimento, pedimos el perdón de los pecados.

Esta petición nos es muy conveniente y provechosa, porque ella nos recuerda que somos pecadores, ya que, al exhortarnos el Señor a pedir el perdón de los pecados, despierta con ello nuestra *conciencia*. Al mandarnos que pidamos cada día el perdón de nuestros pecados, nos enseña que cada día pecamos, y así nadie puede vanagloriarse de su inocencia ni sucumbir al orgullo.

Es lo mismo que nos advierte Juan en su carta, cuando dice: Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y no somos sinceros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados. Dos cosas nos enseña en esta carta: que hemos de pedir el perdón de nuestros pecados, y que esta oración nos alcanza el perdón. Por esto, dice que el Señor es fiel, porque él nos ha prometido el perdón de los pecados y no puede faltar a su palabra, ya que, al enseñarnos a pedir que sean perdonadas nuestras ofensas y pecados, nos ha prometido su misericordia paternal. y, en consecuencia, su perdón.

**7. Que los que somos hijos de Dios permanezcamos en la paz de Dios.**

❖ **Del tratado de san Cipriano sobre el Padrenuestro**  
(Caps. 23-24: CSEL 3, 284-285)

❖ **Nosotros también debemos perdonar: es imposible alcanzar el perdón si no actuamos de modo semejante con los que nos han hecho alguna ofensa.**

El Señor añade una condición necesaria e ineludible, que es, a la vez, un mandato y una promesa, esto es, que pidamos el perdón de nuestras ofensas en la medida en que nosotros perdonamos a los que nos ofenden, para que sepamos que es imposible alcanzar el perdón que pedimos de nuestros pecados si nosotros no actuamos de modo semejante con los que nos han hecho alguna ofensa. Por ello, dice también en otro lugar: *La medida que uséis, la usarán con vosotros*. Y aquel siervo del Evangelio, a quien su amo había perdonado toda la deuda y que no quiso luego perdonarla a su compañero, fue arrojado a la cárcel. Por no haber querido ser indulgente con su compañero, perdió la indulgencia que había conseguido de su amo. Y vuelve Cristo, a inculcarnos esto mismo, todavía con más fuerza y energía, cuando nos manda severamente: Cuando os pongáis a orar, perdonad lo que tengáis contra otros, para que también vuestro Padre del cielo os perdone vuestras culpas. Pero, si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre celestial perdonará vuestros pecados Ninguna excusa tendrás en el día del juicio, ya que serás juzgado según tu propia sentencia y serás tratado conforme a lo que tú hayas hecho.

❖ **Dios quiere que seamos pacíficos.**

Dios quiere que seamos pacíficos y concordes y que habitemos *unánimes en su casa y que perseveremos en nuestra condición de renacidos a una vida nueva*, de tal modo que los que somos hijos de Dios permanezcamos en la paz de Dios y los que tenemos un sólo espíritu tengamos también un solo pensar y sentir. Por esto, Dios tampoco acepta el sacrificio del que no está en concordia con alguien, y le manda que se retire del altar y vaya primero a reconciliarse con su hermano; una vez que se haya puesto en paz con él, podrá también reconciliarse con Dios en sus plegarias. El sacrificio más importante, a los ojos de Dios es nuestra paz y concordia fraterna y un pueblo cuya unión sea un reflejo de la unidad que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

❖ **Debemos acercarnos al altar con rectitud de corazón, con sinceridad, con paz y concordia.**

Además, en aquellos primeros sacrificios que ofrecieron Abel y Caín, lo que miraba Dios no era la ofrenda en sí sino la intención del oferente, y, por eso, le agradó la ofrenda del que se la ofrecía con intención recta. Abel, el pacífico y justo, con su sacrificio irreprochable, enseñó a los demás que, cuando se acerquen al altar para hacer su ofrenda, deben hacerlo con temor de Dios, con rectitud de corazón, con sinceridad, con paz y concordia. En efecto, el justo Abel, cuyo sacrificio había reunido estas cualidades, se convirtió más tarde él mismo en sacrificio y así, con su sangre gloriosa, por haber obtenido la justicia y la paz del Señor, fue el primero en mostrar lo que había de ser el martirio, que culminaría en la pasión del Señor. Aquellos que lo imitan son los que serán coronados por el Señor, los que serán reivindicados el día del juicio.

Por lo demás, los discordes, los disidentes, los que no están en paz con sus hermanos no se librarán del pecado de su discordia, aunque sufran la muerte por el nombre de Cristo, como atestiguan el Apóstol y otros lugares de la sagrada Escritura, pues está escrito: *El que odia a su hermano es un homicida*, y el homicida no puede alcanzar el reino de los cielos y vivir con Dios. No puede vivir con Cristo el que prefiere imitar a Judas y no a Cristo.

## B. CARTA A PROBA, San Agustín

- ❖ Obispo de Hipona. (354-430)  
(Carta 130, 14, 25-26: CSEL 44, 68-71)

### 1. ¿Por qué dijo el Apóstol que «no sabemos pedir lo que nos conviene»?

Quizá me preguntes aún por qué razón dijo el Apóstol que *no sabemos pedir lo que nos conviene*, siendo que podemos pensar que tanto el mismo Pablo como aquellos a quienes él se dirigía conocían la oración dominical.

Porque el Apóstol experimentó seguramente su incapacidad de orar como conviene, por eso quiso manifestarnos su ignorancia; en efecto, cuando, en medio de la sublimidad de sus revelaciones, le fue dado el aguijón de su carne, el ángel de Satanás que lo apaleaba, desconociendo la manera conveniente de orar, Pablo pidió tres veces al Señor que lo librara de esta aflicción. Y oyó la respuesta de Dios y el porqué no se realizaba ni era conveniente que se realizase lo que pedía un hombre tan santo: *Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad*.

Ciertamente, en aquellas tribulaciones que pueden ocasionarnos provecho o daño no sabemos cómo debemos orar; pues como dichas tribulaciones nos resultan duras y molestas y van contra nuestra débil naturaleza, todos coincidimos naturalmente en pedir que se alejen de nosotros. Pero, por el amor que nuestro Dios y Señor nos tiene, no debemos pensar que si no aparta de nosotros aquellos contratiempos es porque nos olvida; sino más bien, por la paciente tolerancia de estos males, esperemos obtener bienes mayores, y así *la fuerza se realiza en la debilidad*. Esto, en efecto, fue escrito para que nadie se enorgullezca si, cuando pide con impaciencia, es escuchado en aquello que no le conviene, y para que nadie decaiga ni desespere de la misericordia divina si su oración no es escuchada en aquello que pidió y que, posiblemente, o bien le sería causa de un mal mayor o bien ocasión de que, engrdeído por la prosperidad, corriera el riesgo de perderse. En tales casos, ciertamente, no sabemos pedir lo que nos conviene.

Por tanto, si algo acontece en contra de lo que hemos pedido, tolerémoslo con paciencia y demos gracias a Dios por todo, sin dudar en lo más mínimo de que lo más conveniente para nosotros es lo que acaece según la voluntad de Dios y no según la nuestra. De ello nos dio ejemplo aquel divino Mediador, el cual dijo en su pasión: *Padre, si es posible, que pase y se aleje de mí ese cáliz*, pero, con perfecta abnegación de la voluntad humana que recibió al hacerse hombre, añadió inmediatamente: *Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres*. Por lo cual, entendemos perfectamente que *por la obediencia de uno todos se convertirán en justos*.

### 2. Sobre la oración dominical.

- ❖ De la carta de san Agustín a Proba  
(Carta 130, 11, 21 12, 22: CSEL 44, 63-64)

- ❖ Santificado sea tu nombre: que el Señor sea tenido como santo por los hombres.

A nosotros, cuando oramos, nos son necesarias las palabras: ellas nos amonestan y nos descubren lo que debemos pedir; pero lejos de nosotros el pensar que las palabras de nuestra oración sirvan para mostrar a Dios lo que necesitamos o para forzarlo a concedérselo.

Por tanto, al decir: *Santificado sea tu nombre*, nos amonestamos a nosotros mismos para que deseemos que el nombre del Señor, que siempre es santo en sí mismo, sea también tenido como santo por los hombres, es decir, que no sea nunca despreciado por ellos; lo cual, ciertamente, redundará en bien de los mismos hombres y no en bien de Dios.

- ❖ Venga a nosotros tu reino: pedimos que nosotros podmos reina en él, pues el reino de Dios vendrá ciertamente, lo queramos o no.

Y cuando añadimos: *Venga a nosotros tu reino*, lo que pedimos es que crezca nuestro deseo de que este reino llegue a nosotros y de que nosotros podamos reinar en él, pues el reino de Dios vendrá ciertamente, lo queramos o no.

❖ **Hágase tu voluntad ....: que nos otorgue la virtud de la obediencia.**

Cuando decimos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*, pedimos que el Señor nos otorgue la virtud de la obediencia, para que así cumplarnos su voluntad como la cumplen sus ángeles en el cielo.

❖ **El pan nuestro de cada día .... con la palabra pan significamos todo cuanto necesitamos.**

Cuando decimos: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, con el *hoy* queremos significar el tiempo presente, para el cual, al pedir el alimento principal, pedimos ya lo suficiente, pues con la palabra *pan* significamos todo cuanto necesitamos, incluso el sacramento de los fieles, el cual nos es necesario en esta vida temporal, aunque no sea para alimentarla, sino para conseguir la vida eterna.

❖ **Perdónanos nuestras deudas ... pedimos también lo que debemos hacer para ser dignos de alcanzar lo que pedimos.**

Cuando decimos: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, nos obligamos a pensar tanto en lo que pedimos como en lo que debemos hacer, no sea que seamos indignos de alcanzar aquello por lo que oramos.

❖ **No nos dejar caer en la tentación ....**

Cuando decimos: *No nos dejes caer en la tentación*, nos exhortamos a pedir la ayuda de Dios, no sea que, privados de ella, nos sobrevenga la tentación y consintamos ante la seducción o cedamos ante la aflicción.

❖ **Libranos del mal ...**

Cuando decimos: *Libranos del mal*, recapacitamos que aún no estamos en aquel sumo bien en donde no será posible que nos sobrevenga mal alguno. Y estas ú mas palabras de la oración dominical abarcan tanto, el cristiano, sea cual fuere la tribulación en que se encuentre, tiene en esta petición su modo de gemir, su manera de llorar, las palabras con que empezar su oración, la reflexión en la cual meditar y las expresiones con que terminar dicha oración. Es, pues, muy conveniente valerse de estas palabras para grabar en nuestra memoria todas estas realidades.

Porque todas las demás palabras que podamos decir, bien sea antes de la oración, para excitar nuestro amor y para adquirir conciencia clara de lo que vamos a pedir, bien sea en la misma oración, para acrecentar su intensidad, no dicen otra cosa que lo que ya se contiene en la oración dominical, si hacemos la oración de modo conveniente. Y quien en la oración dice algo que no puede referirse a esta oración evangélica, si no ora ilícitamente, por lo menos hay que decir que ora de una manera carnal. Aunque no sé hasta qué punto puede llamarse lícita una

### **3. Nada hallarás que no se encuentre en esta oración dominical.**

❖ **De la carta de san Agustín a Proba  
(Carta 130, 12, 22 13, 24: CSEL , 44, 65-68)**

Quien dice, por ejemplo: Como mostraste tu santidad a las naciones, muéstranos así tu gloriay saca veraces a tus profetas, ¿qué otra cosa dice sino: Santificado sea tu nombre?

Quien dice: Dios de los ejércitos, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve, ¿qué otra cosa dice sino: Venga a nosotros tu reino?

Quien dice: Asegura mis pasos con tu promesa, que ninguna maldad me domine, ¿qué otra cosa dice sino: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo?

Quien dice: No me des riqueza ni pobreza, ¿qué otra cosa dice sino: El pan nuestro de cada día dánosle hoy?

Quien dice: Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes, o bien: Señor, si soy culpable, si hay crímenes en mis manos, si he causado daño a mi amigo, ¿qué otra cosa dice sino: Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores?

Quien dice: Líbrame de mi enemigo, Dios mío, protégeme de mis agresores, ¿qué otra cosa dice sino: Libranos del mal?

Y, si vas discurriendo por todas las plegarias de la santa Escritura, creo que nada hallarás que no se encuentre y contenga en esta oración dominical. Por eso, hay libertad de decir estas cosas en la oración con unas u otras palabras, pero no debe haber libertad para decir cosas distintas.

Esto es, sin duda alguna, lo que debemos pedir en la oración, tanto para nosotros como para los nuestros, como también para los extraños e incluso para nuestros mismos enemigos, Y. aunque roguemos por unos y otros de modo distinto, según las diversas necesidades y los diversos grados de familiaridad, procuremos, sin embargo, que en nuestro corazón nazca y crezca el amor hacia todos.

Aquí tienes explicado, a mi juicio, no sólo las cualidades que debe tener tu oración, sino también lo que debes pedir en ella, todo lo cual no soy yo quien te lo ha enseñado, sino aquel que se dignó ser maestro de todos.

#### ❖ Hemos de pedir a Dios la felicidad

Hemos de buscar la vida dichosa y hemos de pedir a Dios que nos la conceda. En qué consiste esta felicidad son muchos los que lo han discutido, y sus sentencias son muy numerosas. Pero nosotros, ¿qué necesidad tenemos de acudir a tantos autores y a tan numerosas opiniones? En las divinas Escrituras se nos dice de modo breve y veraz: *Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor*. Para que podamos formar parte de este pueblo, llegar a contemplar a Dios y vivir con él eternamente, el Apóstol nos dice: *Esa orden tiene por objeto el amor, que brota del corazón limpio, de la buena conciencia y de la fe sincera*.

Al citar estas tres propiedades, se habla de la conciencia recta aludiendo a la esperanza. Por tanto, la fe, la esperanza y la caridad conducen hasta Dios al que ora, es decir, a quien cree, espera y desea, al tiempo que descubre en la oración dominical lo que debe pedir al Señor.